

nuncia a su infancia, la pérdida del mundo mágico de la niñez que sigue soterrado en nuestras vidas con nostalgias de paraíso perdido, y, sobre todo, de la emoción americana que llena y desborda su espíritu, aun cuando con acento y estilo galos.

El drama, sin solución posible en lo humano, ha quedado instalado de manera permanente en la vida de Victoria. Es una presencia viva y acusadora que perturba sus sueños. Mr. Daireaux, con una indiscreción muy francesa, herirá profundamente a Victoria, al declarar enjuiciando a uno de los escritores de la España americana: «... *lleva su coquetería* —y cita, al propio tiempo, otros escritores entre ellos a Victoria— *al extremo de hacer traducir al español por otros lo que antes publicó en francés*. Mr. Diareaux, con esa ligereza tan privativa del hombre de la dulce Francia, no fue capaz de intuir la trágica evidencia que, él, calificaba de coquetería.

Nosotros españoles y, españoles a quienes cupo el azar de nacer en tierra americana, sin perder por ello nuestra españolidad de siglos, no culparemos a Victoria Ocampo por hacerse traducir al español. Para nosotros es una española de América a la que un falso concepto del patriciado argentino ha planteado el difícil dilema de una hispanidad que, para expresarse, tiene que utilizar el idioma de un país fronterizo de España, con toda la rivalidad que se encierra en lo fronterizo.

Y, nunca, como Mr. Daireaux, esgrimiremos la palabra coquetería para calificar este deseo de Victoria de ver sus obras traducidas al español, al español para ella inasequible descubierto cuando se encontraba —en expresión del Dante— *nell mezzo del cammino della vita*.

EMILIO MARTIN DE CACERES



*El desorden causado por la rebelión angélica consistió en el apartamiento por parte del ángel rebelde de su Dios, que era su centro, por medio de un cambio en su manera de ser, que consistió en convertir su movimiento de gravitación hacia su Dios, en un movimiento de rotación sobre sí mismo.*

Donoso CORTÉS

# SONETOS de AYER

por

PEDRO ROMERO MENDOZA

## I

SONETO DEL CRISTO

Era un Cristo de faz ensangrentada,  
 con los ojos hundidos, apagados,  
 los hombros y la espalda flagelados  
 y de reseca piel amoratada.

Un lirio en la mejilla acartonada,  
 huesudos y violáceos los costados;  
 las manos y los pies claveteados  
 y la torva figura iluminada.

Era un Cristo patético, imponente,  
 de estremecida y hosca catadura  
 que se ahincaba en el alma fieramente.

No ví nunca otro Cristo parecido,  
 de tan honda y extraña contextura.  
 ¡Un grito de dolor no interrumpido!

- I SONETO DEL CRISTO.  
 II AL RAYO.  
 III BUSQUÉ EN LA SOLEDAD DULCE  
 REMEDIO.  
 IV YO ESTOY SOBRE SEGURO, PERO  
 A SOLAS.  
 V SOÑADA LUZ.  
 VI PAGANÍAS.  
 VII A UN ÁRBOL.

## II

AL RAYO

¡Oh cólera divina! ¡Oh brazo fiero!  
 con qué terrible impulso soberano  
 hieres las cumbres, saltas sobre el llano.  
 ¡No hay nada que te iguale en lo certero!

¿Qué titán te forjó, temible arquero?  
 Nos espanta tu voz en el verano;  
 no resiste tu luz el ojo humano  
 y tiembla en tu presencia el mundo entero

¡Qué jadear el tuyo, qué soplido!  
 ¡Cómo retumba tu tambor sonoro!  
 El agua o el granizo te han seguido

y sus odres revientan sobre el suelo.  
 ¡Oh látigo de Dios, látigo de oro  
 que en el aire restalla y cruza el cielo!

## III

BUSQUÉ EN LA SOLEDAD DULCE REMEDIO

Un pozo de agua amarga era mi vida,  
 bebido sorbo a sorbo y sin presura,  
 como el que sabe bien que por la hartura  
 cierra sus labios al final la herida.

Esta verdad tan honda así aprendida  
 no la olvidé jamás en mi ventura,  
 y por eso mezclé con la ternura  
 el fermento del alma resentida.

Busqué en la soledad dulce remedio  
 que curase del todo mi tristeza,  
 pero pronto a la paz siguióla el tedio,

y lanzando la duda el dardo hiriente  
 de sombras se llenó Naturaleza  
 y en seno oscuro se trocó mi mente.

## IV

## YO ESTOY SOBRE SEGURO PERO A SOLAS

¡Qué duro golpear el de las olas  
 en el costado del bajel herido;  
 el rugiente huracán enfurecido  
 con qué denuedo bate el rompeolas!

Yo estoy sobre seguro, pero a solas,  
 viendo el terrible mar embravecido,  
 arder las velas del bajel caído  
 y encenderse cual rojas amapolas.

La blanca espuma bulle atormentada,  
 se tiñe de amaranto el horizonte  
 y negras bocas de la mar airada

se tragan del bajel el aparejo.

¡La torva cumbre del cercano monte  
 nimbada está de un cárdeno reflejo!

## V

## SOÑADA LUZ

Una bruma ideal resplandeciente  
 a la mañana ciñe sus cendales  
 y ciega el rebrillar de los cristales  
 del agua que discurre mansamente.

Disipadas las dudas de mi mente  
 ¡qué lejos estoy ya de aquellos males  
 que lloran de continuo los mortales  
 tras de sentir el aguijón ardiente!

Por qué aspirar a bien más deleitable  
 que esta soñada luz en que me sumo  
 sin sombra recelosa y miserable.

Toda ilusión falaz ¡ay! no es más que humo:  
 vanidad, ambición, ¡oh deleznable  
 hechizo mundanal ante el Bien Sumo!

## VI

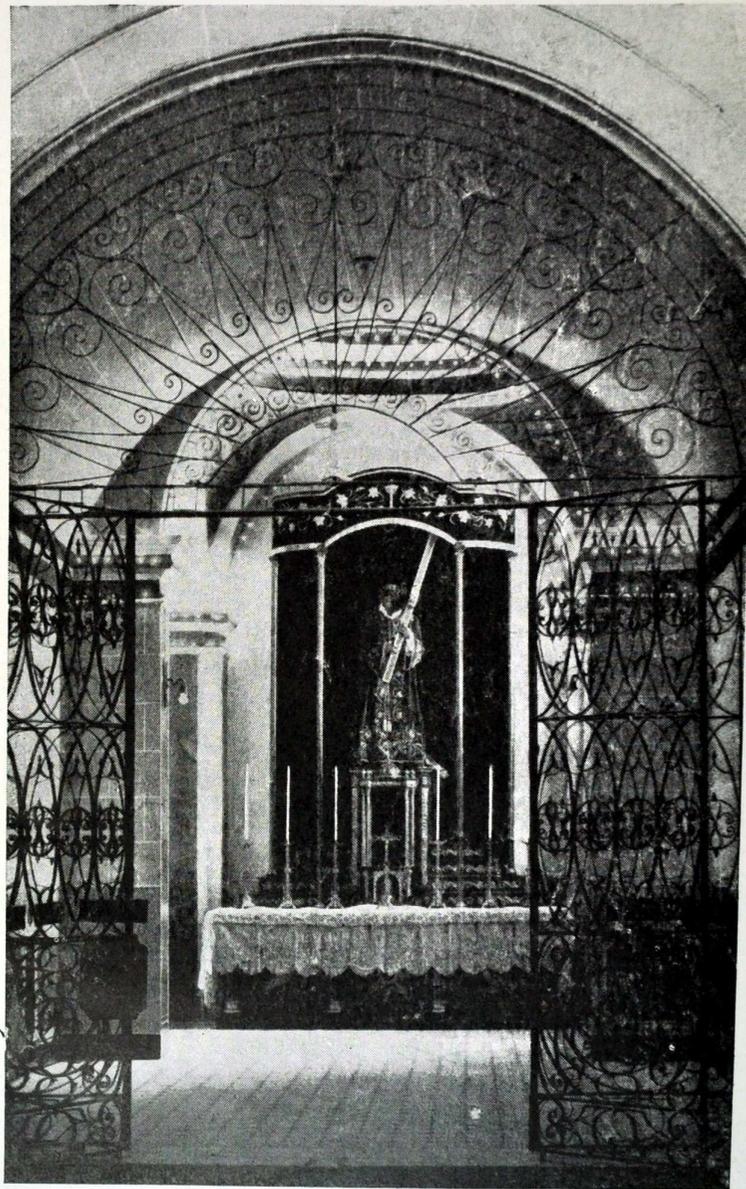
PAGANIAS

A mil corceles por la espuela heridos  
seméjase mi ardiente fantasía,  
que forja mundos de eternal poesía  
con colores, aromas y sonidos.

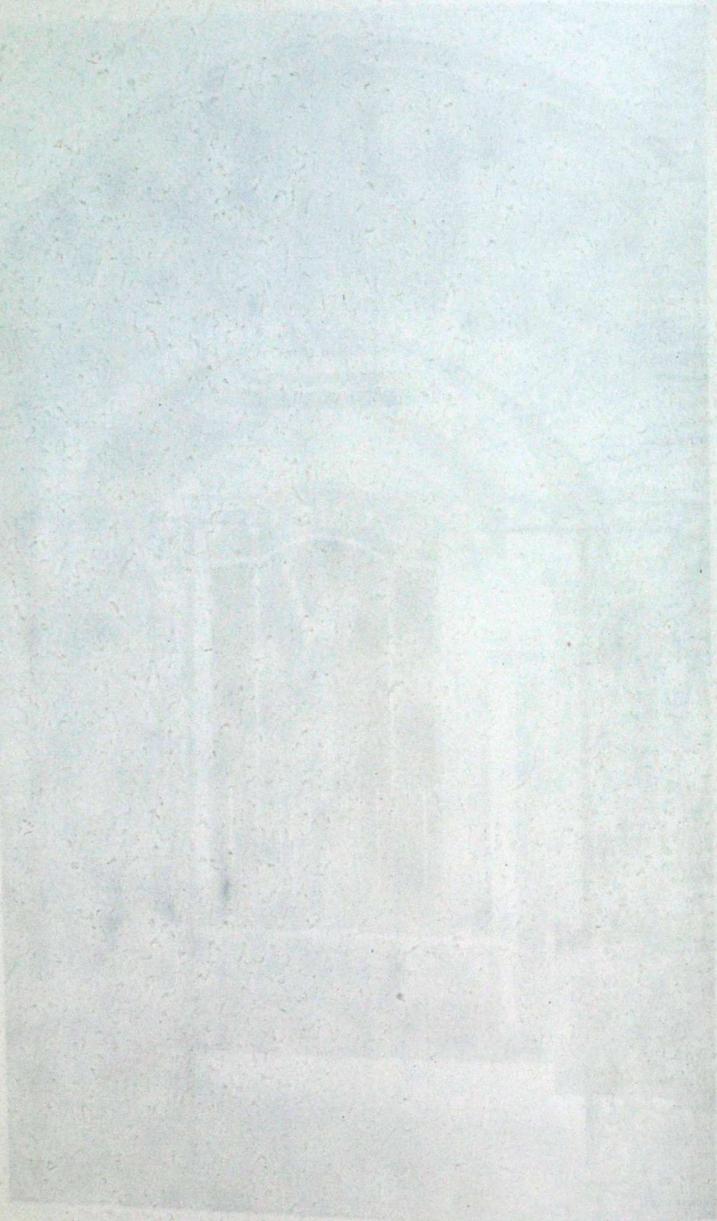
Pintadasavecillas en los nidos  
dulces gorjeos lanzan a porfía;  
vestido el prado está de lozanía  
y lleva el viento arrullos y balidos.

Canta el arroyo de la cumbre al llano;  
teñida de oro luce la alborada;  
la flauta del dios Pan no suena en vano:

¡tales promesas brinda su llamada!  
¿Por qué, por qué negar que estoy ufano  
de este mundo ideal que está en mi mano?



ALBUM EXTREMEÑO.—Cáceres. - Capilla de Nuestro Padre Jesús de Nazareno, en la Iglesia de Santiago (Foto Javier)



## VII

## A UN ARBOL

El hacha aleve te quitó la vida.

La sombra que brindaste complaciente  
tornóse ahora luz resplandeciente  
que todo lo abrillanta enardecida.

El alma atormentada, estremecida  
bajo el dosel de tu ramaje ardiente  
del dolor era inagotable fuente  
y abierta estaba la mortal herida.

Bajo el hechizo de tus verdes hojas  
y el dulce trino que se lleva el viento  
disipáronse pronto mis congojas;

limpio y puro quedó mi pensamiento.  
¡Qué tristeza me da no verte erguido  
con tu tronco, tus ramas y tu nido!